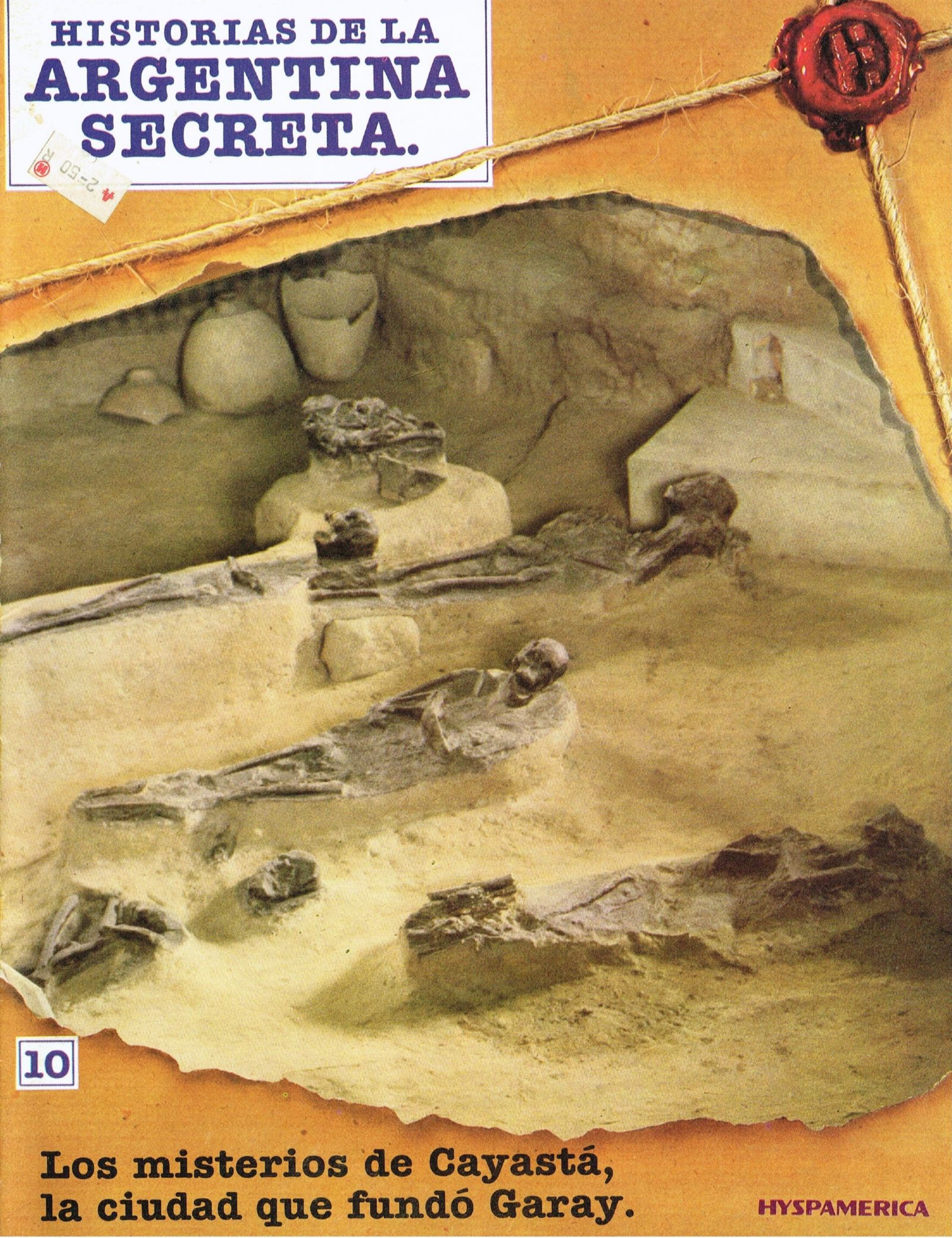
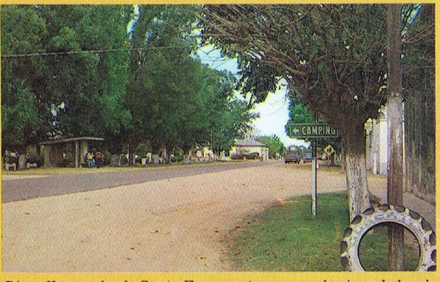


HISTORIAS DE LA
ARGENTINA
SECRETA.
10
Los misterios de Cayastá,
la ciudad que fundó Garay.
HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es una colección documental de cien fascículos que aparecerán semanalmente. Cada veinte fascículos se formará un tomo. Las tapas para encuadernarlos saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá encuadernar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**, que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS**, amplia colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se incluirán también mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Este material complementa el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**. Por razones de ordenamiento cada fascículo anticipará datos y referencias del mapa que se publicará en el siguiente. Las referencias del atlas así como las del mapa de la Argentina que se entregó en el número uno, acompañarán las tapas para encuadernar el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**. Estas se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar: *desde Santa Fe, en auto o en cualquiera de las dos líneas de ómnibus que salen de la terminal, se llega a Cayastá por la ruta provincial número 1. Después de un recorrido de 70 kilómetros, se encuentra a la derecha del camino el pórtico de entrada a las ruinas. Un poco más adelante está la actual localidad de Cayastá. Ambos lugares están ubicados a orillas del río San Javier, afluente del Paraná.*

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset.

Secretaria:
Analía Gardín

Jefe de diagramación:
Víctor C. Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Producción gráfica:
Paulina Elissetche.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4° piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución
Capital Federal:
Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior:
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados:
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

Fotomecánica:
Offset Plus Fotocromos
Comodoro Rivadavia 878, Bernal,
Provincia de Buenos Aires
Tel. 252-8794

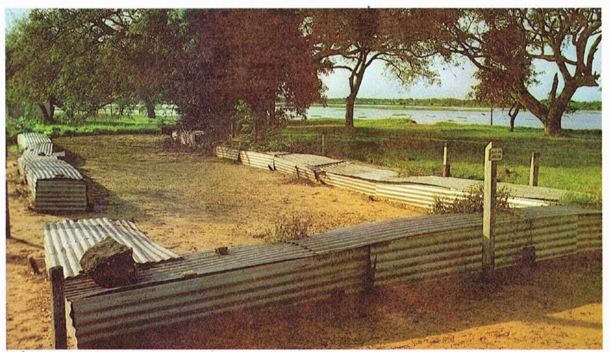
Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

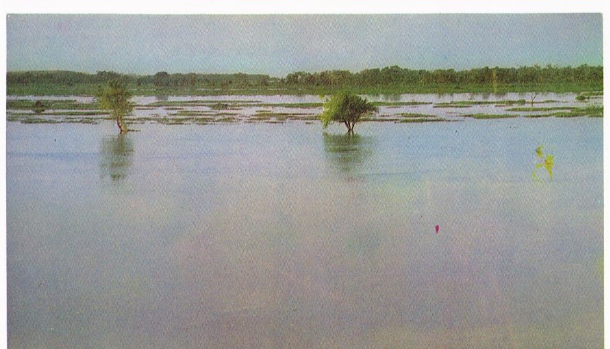
ISBN: 950-614-496-6 (Obra completa)
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

Los misterios de Cayastá, la ciudad que fundó Garay.

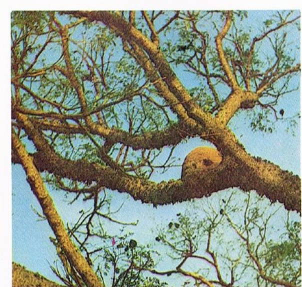


Entre las desoladas ruinas parecen resonar las voces de los habitantes de este primer asentamiento rioplatense. Su descubridor libró una batalla empecinada y solitaria por preservar este notable patrimonio arqueológico.





Eran 66 manzanas. Hoy 18 desaparecieron bajo las aguas del río San Javier.



Las ruinas están precariamente protegidas con vallas de chapa. Las cercanas aguas del río representan una amenaza constante. El trabajo tenaz y sacrificado del doctor Zapata Gollán y sus hombres consiguió mantener intactos los restos desenterrados. La paciente y empecinada lucha contra las fuerzas de la naturaleza se desarrolló durante casi cuatro décadas.

El paisaje no difiere del que caracteriza a esta zona de la provincia de Santa Fe. Una planicie baja, con montes aislados de talas y espinillos, ombúes y ceibos. Sin embargo, ese escenario tan poco original esconde un pasado que ha despertado el interés de arqueólogos de todo el mundo. Hasta la propia Organización de Estados Americanos (OEA) ha tomado cartas en el asunto. Sus científicos se acercan periódicamente para estudiar un patrimonio cultural invalorable. Porque en este sitio se levantó la primera urbanización del Río de la Plata. Una ciudad que con sus casas de adobe y techos de teja o paja cobijó durante casi un siglo a miles de españoles, indios y mestizos. Hombres que trabajaron y oraron. Que se recrearon según las costumbres de su época. Que sufrieron penurias y gozaron tiempos de esplendor. Y son las intimidades de esas alcobas, de esos hogares, las que los antropólogos y arqueólogos tratan ahora de desentrañar, hurgando entre las ruinas. Mientras buscan la pista que les permita reconstruir el dato que falta. La pieza final de ese rompecabezas fantástico, que complete la vida de aquellos primeros años de la colonización de América del Sur.

La ciudad abandonada.

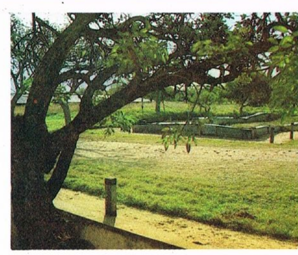
En el pueblo de Cayastá, 70 kilómetros al norte de la capital provincial, Juan de Garay, antes de fundar Buenos Aires, creó un pueblo a semejanza del de Santa Fe de Granada, en España. Corría el año 1573 cuando en un amplio sector desértico ubicado sobre la margen derecha del río San Javier, el conquistador completó el asentamiento de Santa Fe la Vieja.

Por allí transitaban tribus seminómades que ocupaban transitoriamente las islas y barrancas del Paraná, según las periódicas crecientes o bajantes de sus aguas. Se trataba de la primera etapa de un vasto plan de conquista y población del Río de la Plata.

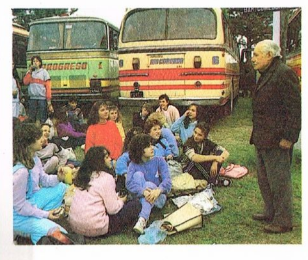
Ese primitivo trazado de 66 manzanas, de las cuales dieciocho se encuentran totalmente bajo el agua del río



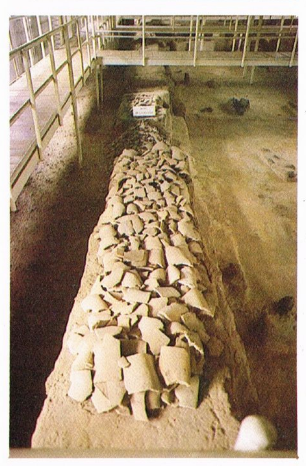




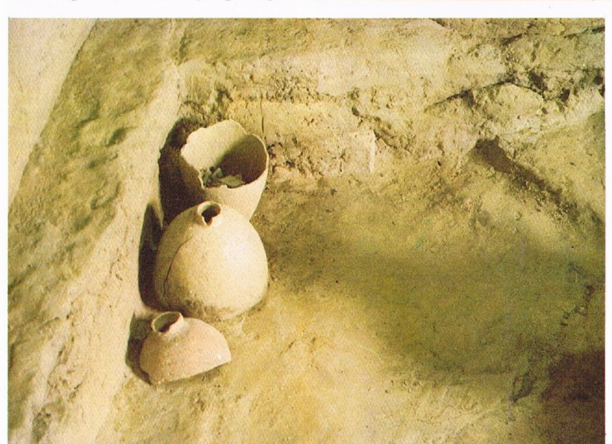
El gran pórtico abre las puertas a un mundo fascinante. Los restos humanos se conservan casi intactos. Zapata Gollán solía explicar detalles de sus trabajos a los asombrados estudiantes que llegaban hasta el lugar en busca de leyendas.



El descubrimiento se hizo hace 37 años. Sólo se desenterraron las partes más valiosas.

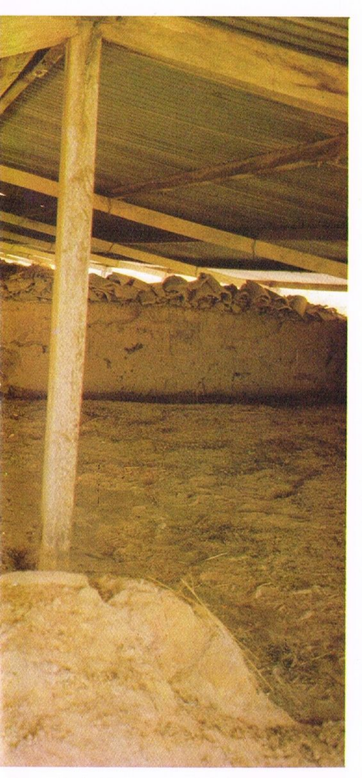


De los restos humanos y objetos rescatados emana un misterio estremecedor. Expuestos a la luz luego de permanecer siglos bajo la húmeda arcilla, permiten vislumbrar los secretos de aquella sociedad hispánica y de su convivencia con los indígenas. Datos que podrán ensamblarse como las piezas de un rompecabezas. En ello se empeñan estudiantes y arqueólogos.



San Javier –afluente del Paraná–, fue descubierto recién hace 37 años gracias al esfuerzo del doctor Agustín Zapata Gollán. Está prácticamente comprobado que fueron los periódicos desbordes del río, con sus secuelas de aislamiento y destrucción, los que determinaron el traslado del incipiente poblamiento a lo que es en la actualidad la ciudad de Santa Fe.

La vida de Santa Fe la Vieja fue efímera: apenas noventa años. Pero ¿cómo transcurrieron esos tiempos? Por los restos hallados se puede deducir que más allá de ataques indios y crecientes del río, la vida era similar a la de cualquier ciudad colonial. En el centro estaba la plaza mayor o de armas, donde se plantaba el rollo o tronco trabajado que indicaba la fundación. Ese era también el lugar en que se ejecutaban las sentencias. A su alrededor estaba el Cabildo y algunas iglesias. Más allá los solares. Los más céntricos se reservaban para residencias de

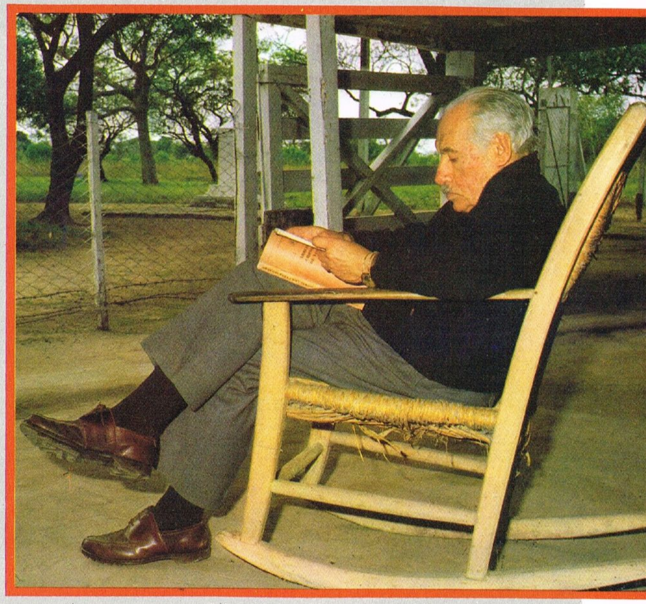


los notables y el resto se sorteaba. Las manzanas de la periferia se destinaban a quintas de verduras y frutales. ¿Cuál era el espíritu que guiaba a aquellos conquistadores? El doctor Agustín Zapata Gollán dio cuenta de un afán de enriquecimiento estimulado por la supuesta existencia de la quimérica «ciudad de los Césares», rica en oro y piedras preciosas. Una quimera que despertaba la eterna codicia de los españoles que llegaban a América, y que las leyendas indígenas alimentaban aún más.

La vida cotidiana.

Hoy los intereses han cambiado. Lo que atrae como un imán a arqueólogos, arquitectos e historiadores, es descubrir cómo pasaban sus días los antiguos pobladores de la vieja Santa Fe. Merced a los descubrimientos realizados hasta ahora, y en base a su confrontación con la documentación

El último reportaje a Zapata Gollán.



Su imagen era la de un verdadero patriarca. Acomodado en su mecedora preferida, o caminando con paso lento por los senderos que ya recorrió mil veces, el doctor Agustín Zapata Gollán explicó las razones de su afanosa búsqueda.

«Estas ruinas sirven para conocer nuestros propios orígenes. Hay que conocerlos y estudiarlos. Ver qué es lo que pasó aquí. Eso es lo que me preocupa. Cómo vivía la gente en esa época. Las costumbres. Sus armas, sus diversiones. Sus juegos. Las famosas supersticiones, muchas de ellas tomadas de los indios. Otras de los negros esclavos. Todo eso está ahí... Pero aún queda mucho por estudiar. Por hacer. Y a mí se me acaban las piernas. Ya no doy más. Para estos trabajos hay que hacer voto de pobreza. Pero a esto hay que defenderlo. Preservar estos restos vulnerables. Defenderlos de los destrozos que producen el tiempo, las lluvias, los vientos y el río... La erosión de las barrancas es tremenda. Yo comencé a trabajar acá en 1949 con muchas dificultades. Ha desaparecido la iglesia matriz donde estaba enterrada gente ilustre. También la parroquia de San Roque, para niños y negros. Yo he conseguido hacer una defensa provisoria contra el río. Mientras, espero que lleguen algún día los recursos...»

Bajo un coposo ombú plantado por él mismo, el anciano rezaba su letanía, su collar de quejas.

«He pasado gran parte de mi vida acá, trabajando. Pero hace treinta años que no tengo sueldo. Porque me jubilé y pedí seguir en forma honoraria. No tengo sueldo ni viáticos. Ni contrato. Trabajo en forma honoraria. Vengo porque quiero terminar esto».





El Museo del Descubrimiento y Población del Río de la Plata alberga valiosos testimonios de Cayastá. En el Museo Etnográfico de Santa Fe, monedas acuñadas en la ceca de Potosí comparten las vitrinas con rarísimas piezas de cerámica española del siglo XVI.

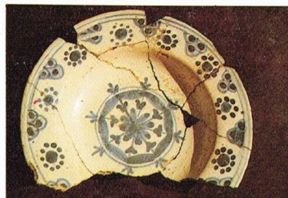


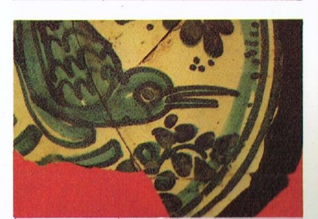
escrita, se pudo reconstruir la vida doméstica de aquella vecindad. En el Museo Etnográfico de Santa Fe –que dirigía Zapata Gollán– están guardados, por ejemplo, elementos de la vajilla, algunos de origen europeo, como platos de Talavera, y otros de factura indígena. Entre estos últimos se destaca la alfarería guaraní usada en la cocina, como lo atestigua el tizne que la impregna, provocado por el hollín de los fogones. Las mismas cocinas donde las indias «domesticadas» que bajaron del Paraguay con los fundadores preparaban las tradicionales comidas en base a maíz y carne.

También la coquetería femenina dejó sus recuerdos en restos de collares, anillos y prendedores.

La fe que fortalecía a los vecinos en los tiempos más aciagos y tristes de la ciudad se refleja en medallas, cruces, rosarios y otros elementos que se mezclan entre distintos amuletos vin-

culados a las supersticiones de origen remoto, como las higas, indispensables –decían– para combatir el demonio y el mal de ojo.
Los fragmentos de herramientas y útiles de trabajo mezclados con restos de armas enastadas, delatan la lucha de esos hombres para adaptarse a ese nuevo ambiente, duro y hostil.
Pero tan importante como conservar estos elementos, resulta la adopción de medidas para que estas ruinas sean preservadas.
El ímprobo esfuerzo recayó durante años casi totalmente sobre los ya cansados hombros de Zapata Gollán. Con empeño y muy escasos recursos, este hombre santafesino fue determinando primero la ubicación general del poblado, y luego, con mayor precisión, sus calles y solares.
Finalmente debió realizar las excavaciones y los primeros trabajos de mantenimiento que dejaron al descu-





Restos de porcelana de Talavera, alfarería guaraní, medallones, collares y otras huellas de la vida en Santa Fe la Vieja pueden apreciarse en los museos de la región. Son mudos testigos de una época perdida que ha dejado sus rastros indelebles.



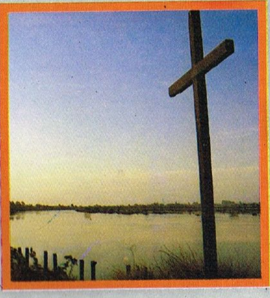


El origen de un asombroso descubrimiento.

«Una serie de visitas a este lugar y algunos sondeos me llevaron a la convicción de que allí habían existido, por lo menos, algunas construcciones del período hispánico. Por otra parte, los pobladores del lugar descubrían periódicamente fragmentos de cerámica, medallas y otros objetos de origen indudablemente español, en los derrumbes de la barranca provocados por la erosión. Y los colonos que cultivaban la zona solían descubrir pedazos de tejas al remover la tierra con el arado. Con estos antecedentes, en julio de 1949 inicié los trabajos, y el resultado de esta primera excavación fue el descubrimiento de escombros formados por el derrumbe de un techo de teja que cubría algunos fragmentos de muros de tapia, y los cimientos, también de tapia, de un recinto de 38,40 metros de luz aproximadamente, dentro del cual la exploración posterior puso de manifiesto una serie de sepulcros con restos humanos en distintos grados de conservación.

Por la ubicación de esas ruinas, próximas al río, y en la parte sur del espacio donde podría haberse edificado la ciudad, pues en esta dirección el terreno cae en pronunciado declive hacia las tierras bajas e inundables, supuse que podría ser la iglesia de San Francisco. Los esqueletos con las manos entrecruzadas sobre el pecho, en actitud orante, lo confirmaban».

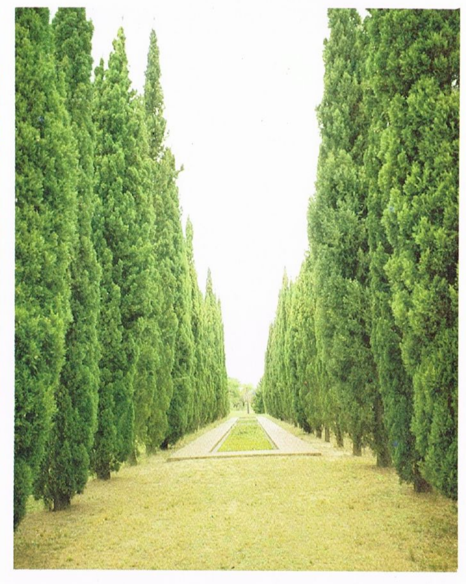
(Texto del libro *La urbanización hispanoamericana en el Río de la Plata*, de Agustín Zapata Gollán.)

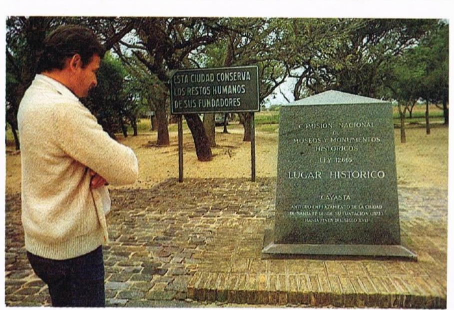






El anciano descubridor de las famosas ruinas confiaba en que las nuevas generaciones serían las encargadas de continuar su obra en beneficio del patrimonio cultural del país y de la historia de la conquista americana. Mientras tanto, son innumerables los detalles de interés adicional que se han ido agregando al parque arqueológico, como este cartel con las marcas de ganado utilizadas en la colonia. A pesar de las dificultades, Zapata Gollán trabajó siempre con el mismo entusiasmo. Sus colaboradores ansían que los organismos internacionales continúen la tarea.







bierto el tesoro que hoy se encuentra a la vista de visitantes y estudiosos.

La tumba de Hernandarias.

Superando con imaginación la crónica carencia de recursos, el abogado Agustín Zapata Gollán postergó sus tareas profesionales y artísticas –era un reconocido grabador– para iniciar cuarenta años atrás una tarea silenciosa, más reconocida en el extranjero que en su propio país.

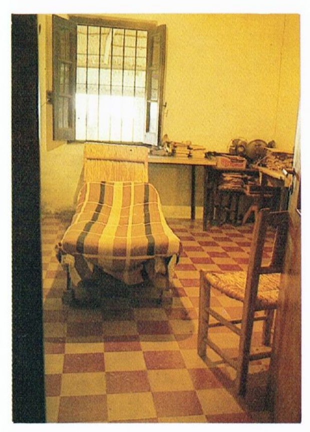
El hallazgo de los esqueletos de los fundadores –enterrados, según la costumbre española, en los templos– fue uno de los indicios más evidentes de que se estaba desenterrando la vieja Santa Fe. Junto a los restos aparecían reliquias dejadas junto a los cuerpos. Para encontrarlos fue necesario excavar a 1,20 metros por debajo del piso. Entonces, la mirada atónita pero feliz de Zapata Gollán quedó fijada en un resto humano asombrosamente bien conservado. Luego aparecerían en forma progresiva decenas de esqueletos de ambos sexos. Los sacerdotes tenían su cabeza dirigida hacia el altar mayor. El resto de los fieles, a la inversa. Un espectáculo que aún hoy resulta sobrecogedor.

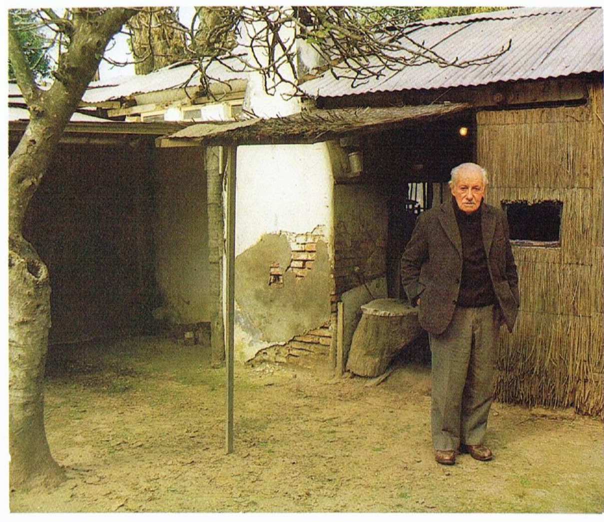
El paciente trabajo dio sus frutos. A las primeras tejas y restos de tapias se fueron sumando piezas de alfarería. Finalmente fueron quedando al descubierto los gruesos muros. Hasta se delimitó la existencia de las puertas principales y laterales de las iglesias. Ello permitió comprobar que estaban orientadas de la misma forma que en la Santa Fe actual, que reproduce su casco céntrico.

Pero uno de los hallazgos de mayor valor lo constituye sin duda la tumba del legendario Hernandarias, primer gobernador criollo, y de su esposa Jerónima, hija del propio conquistador Juan de Garay.

Sin embargo, los esfuerzos de Gollán sólo alcanzaron para excavar la parte céntrica. El resto de la ciudad, sus manzanas periféricas, ha quedado sepultado. En opinión de arqueólogos

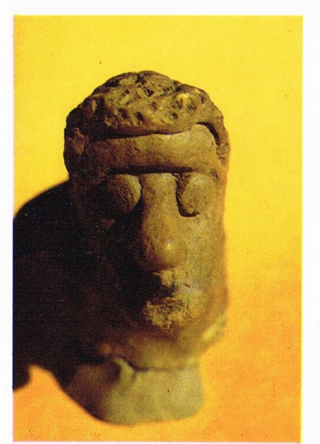
Importantes figuras de la conquista fueron enterradas en Cayastá.





Durante muchos años este hombre apasionado y terco actuó desinteresadamente, en forma honoraria. Testimonio elocuente de su ascetismo es la austera habitación que utilizaba para sus investigaciones. Su principal objetivo fue completar el trabajo de toda su vida.

El Museo Etnográfico Colonial guarda alfarería indígena y enseres domésticos utilizados en la vieja ciudad.



y especialistas es como si todavía faltara capturar la historia social de la ciudad. Saber –entre otros detalles– la manera en que convivieron durante casi un siglo, con dichas y desdichas, el indio y el español.

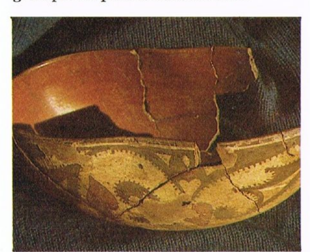
Un legado único.

Bien puede afirmarse que el hallazgo de las ruinas de la vieja Santa Fe constituye un hecho excepcional, no sólo en la Argentina sino también en toda América. Se trata nada menos que de la única ciudad hispánica del siglo XVI sin agregados posteriores, en estado puro, que quedó intacta por la simple razón de su abrupto despoblamiento. Ni siquiera Cuzco, la famosa ciudad incaica del Perú, puede asemejársele en este sentido. Ello explica el interés de la OEA, el apoyo y el asesoramiento provistos por este organismo internacional. Recientemente, se ha llevado a cabo la «puesta en valor» de las ruinas. Se han realizado sondeos exploratorios para determinar las técnicas arqueológicas que se van a desarrollar. Así, luego de asegurar la parte ya exhumada por la ímproba tarea de Gollán, podrá sacarse a luz el 65 por ciento restante de ruinas ya localizadas y, a la par, iluminar zonas oscuras y por cierto apasionantes de nuestra historia.

Los interrogantes son innumerables. Para algunos investigadores quedaría aún por determinar el motivo principal que impulsó la emigración de los pobladores hasta su actual emplazamientc. Aquellas miles de personas pueden haberse desplazado debido a las inundaciones, es cierto. Pero también pueden haberlo hecho por los enfrentamientos entre tribus antagónicas. O tal vez debido a los choques entre los mismos hombres de la conquista. Una tercera hipótesis no descarta las epidemias.

Otros científicos se han sorprendido por el bajo porcentaje de niños enterrados. O se han interrogado acerca de las enfermedades más comunes en aquella época. Se ha descubierto, por ejemplo, que los pobladores padecían tuberculosis y anemia. También que

Románticas historias de pasión y sangre abundan en el pasado de este pueblo.

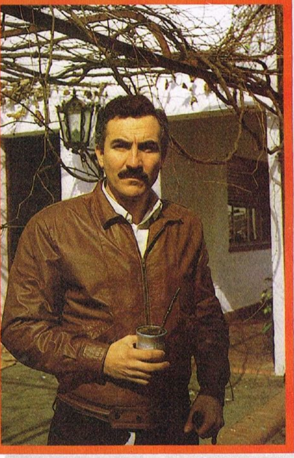


Zapata Gollán ordenó también estas colecciones, que constituyen un verdadero orgullo para la provincia de Santa Fe.

La trágica muerte del conde y su fabuloso tesoro.

La colonia suiza emplazada en Cayastá a mediados del siglo pasado tuvo en los condes de Tessières-Boisbertrand a algunos de sus principales promotores. Ellos trajeron familias labradoras, algunas directamente desde Europa, y otras desde San Carlos y San Jerónimo Norte, en Santa Fe. Casi todos eran suizo-franceses, y una minoría provenía de los cantones suizos de habla germana.
Edmundo Tessières, que tenía entonces 31 años, tuvo a su cargo la realización de los proyectos. Trazaron para la labranza cincuenta chacras de veinte cuadras cada una, y entre los predios dejaron previsoramente franjas no cultivables destinadas al pastoreo.
Cuando murió León, su padre, Edmundo Tessières quedó a cargo de la dirección de la colonia. Con su capacidad y honradez, el noble logró que los agricultores alcanzaran una considerable prosperidad. Pero –según la hipótesis esbozada por el doctor Ricardo Kaufmann en su libro *La muerte del conde*–, sus desvelos por defender los intereses de la colonia determinarían su fin.





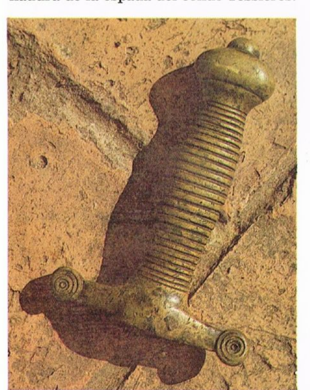
Poco antes de morir, Edmundo viajó a Santa Fe para procurar la atención de las autoridades. Su solicitud apuntaba a conseguir más campos para los agricultores, de acuerdo con lo convenido al fundarse la colonia. Lo establecido comprometía al Estado a entregar tierras fiscales circundantes para ampliar la zona cultivable, cuando su crecimiento demográfico así lo demandara. Pero los intentos fueron vanos, y en ese viaje el conde fue desairado varias veces por los funcionarios provinciales.
De regreso en su estancia, y mientras se encontraba una noche acompañado por los hijos de un colono amigo, el conde fue asesinado, supuestamente por los opositores a la cesión de las tierras.
Aquel atardecer la familia se encontraba reunida junto al fogón de la cocina, mientras la llovizna comenzaba a caer sobre el tejado. De pronto tres jinetes arribaron al lugar, y el conde, luego de invitarlos a pasar, les propuso gentilmente pernoctar en su casa.
Luego de comer, los asesinos atacaron por sorpresa a Edmundo, famoso por el hábil manejo de una espada que siempre llevaba en ristre, y mediante un ardid se apoderaron de ella. Tal como se lo había predicho una pitonisa, el conde de Tessières resultó así muerto con su propia arma. Los matadores, encabezados por Cirilo Lemos, se dieron entonces a la macabra tarea de degollar a los niños. Sólo se salvaría uno de ellos, que logró escaparse y contó luego la triste historia.
Una leyenda popular señala que aún quedaría en el lugar un tesoro escondido por el conde, que sus asaltantes no lograron descubrir. Según el relato de Kaufmann, avalarían dicha teoría varias hipótesis. Una de ellas señala que era corriente en la época enterrar el dinero; otra, tal vez la más significativa, que el conde gozaba de una posición sumamente desahogada, resultando poco probable que la suma de 2.000 pesos en oro y plata llevada por los bandidos fuese todo el capital que poseía.

La fisonomía actual de Cayastá contrasta con su origen épico: es la de un típico pueblo de provincia. Allí todos se conocen. La vida cotidiana transcurre en forma apasible, sin mayores sobresaltos.





Los niños del pueblo conviven con su pasado. Se conservan reliquias, como la empuñadura de la espada del conde Tessières.



eran pocos los casos de muerte violenta, hecho atípico para la época.

La particularidad de las ciudades sepultadas es que suelen conservarse intactas. Este es el caso de Santa Fe la Vieja, donde sobreviven indemnes detalles arquitectónicos, urbanísticos y de la vida cotidiana de sus habitantes. Sobre las ruinas de aquellas que continuaron su vida, en cambio, se van amontonando las nuevas culturas en infinita sucesión hasta hacer desaparecer en muchos casos los rasgos primigenios.

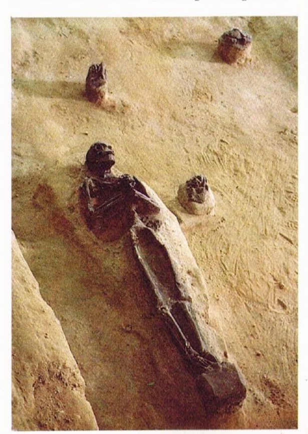
El pueblo de Cayastá.

Veamos ahora qué pasó en Cayastá, primitivo emplazamiento de Santa Fe, luego del éxodo iniciado por sus pobladores en 1650. La zona, bordeada por esteros y montes, a orillas del río San Javier, pasó dos siglos solitarios, con la esporádica presencia de indios mocovíes. De a poco, y ante el avance colonizador, los indios se confederaron para entablar una lucha tenaz en defensa de sus dominios. Finalmente, esa alianza fue vencida y los caciques Chitahalaín y Aletín pactaron la paz. Después –a mediados del siglo XVIII– radicaron sus tribus en el lugar, fundándose una misión jesuítica. Su pacífica existencia se vio turbada cuando a fines del siglo los malones destruyeron el caserío.

Recién con el asentamiento de una colonia agrícola suiza, hacia 1867, el pueblo cobró forma, y Cayastá, palabra que en dialecto indígena significa «puerto final» o «lugar de meditación», se convirtió con el correr del tiempo en un apacible lugar, habitado por hombres trabajadores, francos y campechanos, en una aldea como tantas otras de la provincia. De largas siestas en verano, y lentas mateadas vespertinas.

Aquellas tierras bravías alguna vez holladas por Juan de Garay y su gen-

La participación de especialistas de la OEA dará solidez a los trabajos de investigación realizados durante casi cuarenta años por el doctor Agustín Zapata Gollán y sus colaboradores. Una obra inconclusa que merece ser concretada antes que se pierda.





te, vieron llegar entonces a hombres rubios. Europeos que venían para encontrar aquí prosperidad y seguridad para sus familias. Su destino no sería tan fácil como lo imaginaron al partir en sus sueños de inmigrantes. Pero esa otra historia se prolonga en la de sus descendientes, y en los fértiles campos cultivados del presente. Días y horas, luces y sombras que no alcanzan para retener el éxodo de los jóvenes hacia las ciudades. Y una vez más, el sueño de sus mayores permanece como una promesa inconclusa: dar la tierra en heredad.

Nota de la redacción:
El doctor Agustín Zapata Gollán murió el día 12 de octubre de 1986.

TUCUMAN:
el esplendor del paisaje.

Tucumán se presenta como una unidad de vegetación uniforme separada del límite con Salta y Catamarca por un cordón montañoso. Sin embargo, se pueden distinguir, además de las sierras pampeanas, la selva tucumano-oranense y el chaco tucumano.



Superficie total de la provincia: 22.524 kilómetros cuadrados.

Porcentaje en relación al total continental del país: 0,80 por ciento.

Vientos, temperaturas y lluvias.

Sierras pampeanas de la precordillera: Inviernos suaves y veranos cálidos. Temperatura media de verano 20 °C. Las lluvias son más abundantes a los 1.400 metros de altura. El promedio anual es de 400 milímetros.

Chaco tucumano: el clima es cálido y húmedo. La temperatura media anual es de 20 °C. La máxima anual es de 27 a 30 °C. Las lluvias llegan a los 600 milímetros anuales.

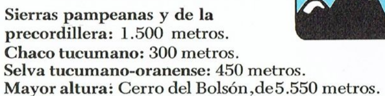
Selva tucumano-oranense: Las temperaturas son altas y las lluvias abundantes. La temperatura media anual es de 25 °C y el promedio de lluvias caídas en el año oscila entre los 1.000 y 1.700 milímetros.

Ríos y arroyos.

Cuenca del Salí-Dulce: sus principales afluentes por la margen derecha son el Acequiones, Chusca, Vipos, Lules, Balderrama, Seco, Gastona, Medina, Graneros. Por la margen izquierda el río Calera y los arroyos Muerto y Mista.

Cuenca del Pasaje-Juramento-Salado: río Guachipas y río Santa María.

Alturas medias sobre el nivel del mar.



Sierras pampeanas y de la precordillera: 1.500 metros.
Chaco tucumano: 300 metros.
Selva tucumano-oranense: 450 metros.
Mayor altura: Cerro del Bolsón, de 5.550 metros.

Algunas distancias

(terrestres, a través de los caminos y rutas más accesibles)

Desde San Miguel de Tucumán	Kms.		Kms.
Santiago del Estero	158	Concepción	21
Quimili	378	Tafí del Valle	105
San Salvador de Jujuy	459	Realicó	1.200
Córdoba	537	Bahía Blanca	1.465
Cafayate	229	Tres Arroyos	1.658
Resistencia	783	Azul	1.794
Tartagal	310	Río Cuarto	740
Santa Fe	866	Santa Isabel	1.431
San Luis	949	25 de Mayo	1.632
Mendoza	1.207	Corrientes	1.264
Mar del Plata	1.610	Itá Ibaré	1.420
Zapala	1.970	Cataratas del Iguazú	1.865
Termas de Río Hondo	83	Chamical	522
Famailla	31	Mercedes	1.042
Monteros	47	Buenos Aires	1.200

